

El caso de la fornicación asistida

Mónica Vaqué

Intempestiva esta consideración lo es, porque intenta entender como un mal, un inconveniente y un defecto algo de lo cual la época justamente se siente orgullosa, o sea, su cultura histórica, porque pienso que todos somos devorados por la fiebre de la historia y deberíamos, al menos, darnos cuenta.

Friedrich Nietzsche,
Consideraciones intempestivas

No fue de un día para otro; tampoco fue sin que corriera sangre. Poco a poco, con ligeros cambios deslocalizados, con innovaciones técnicas, con la diseminación de nuevas versiones religiosas, Occidente fue ingresando en la Edad Moderna. Entre fines de los siglos XVII y XIX, parecía haber llegado la era de la razón. *Logos* y *ratio* se dan la mano, la evolución del conocimiento se lee como progreso y, en general, se olvida cuántas muertes causó *Pi*, ese insoportable número irracional.

Una vez instaurado –o, mejor dicho, como proceso mismo de su creación–, el Estado moderno transformó tanto la *aphrodisia* griega como la problemática de la carne concupiscente de la pastoral religiosa –ambos asuntos privados– en una proliferación de preocupaciones sobre el sexo centrado en la familia. La modernidad realizó una verdadera puesta en discurso del sexo; sus rechazos, prohibiciones y

censuras forman sólo una parte visible de mecanismos más amplios que incitan permanentemente a hablar y preocuparse por el sexo. Los discursos que proliferaron no fueron sólo de orden moral (los más obvios) sino también racional (los más efectivos); no se organizaron en forma de una teoría general sino que se expresaron en análisis, contabilidades, clasificaciones y especificaciones, investigaciones cuantitativas o causales, etc., componiendo el sustrato sobre el que se apoyarían la medicina, la antropología, la sociología, la psicología y también el psicoanálisis. A partir de fines del siglo XVII, el sexo no es tanto ni sólo algo de lo que no se habla, sino mejor algo de lo que se debe hablar de determinado modo, con determinado lenguaje, entre determinadas personas, en determinadas relaciones. El sexo se vuelve *cuestión de Estado* para el Estado burgués, sancionándose tanto un control de las enunciaciones (dónde y cuándo, entre quiénes, dentro de qué relaciones) como una policía de los enunciados (depuración del lenguaje y codificación de la retórica). Solidariamente con las innovaciones tecnológicas que dan lugar al desarrollo del capitalismo nacen nuevos mecanismos de poder que permitan favorecer y estimular el flujo económico. Los intereses se han desviado desde los territorios hacia las poblaciones, de la recaudación predatoria a la apropiación de la plusvalía; es necesario intervenir para que cada individuo intensifique su rendimiento, multiplique sus capacidades y ocupe el lugar donde será más útil (la disciplina como tecnología individualizante) al mismo tiempo que es necesario intervenir en las condiciones de higiene, hábitat y en las relación entre la natalidad y la mortalidad (regulación de las poblaciones). El sexo se encuentra situado exactamente en la intersección de estas dos necesidades, de estas dos intervenciones; Foucault las denominará anátomo-política y biopolítica respectivamente.

Encerrada en la familia y gestionada por el Estado ha nacido la sexualidad, encarnada en cuatro figuras: la pareja malthusiana, la mujer histérica, el niño masturbador y el adulto perverso. ¿Por qué le preocupaba al buen burgués el adulto perverso, la mujer histérica y el niño masturbador y propugnaba la pareja malthusiana? Ayuno de derechos de sangre azul que le garantizaran su hegemonía social abandona la

mirada a los ancestros –aquellos habitantes del burgo más cercanos a la plebe que al castillo– para enfocarla en el presente y, sobre todo, en el futuro, en la descendencia. Aparece así la mirada inquieta sobre su propio cuerpo, sus rendimientos, la higiene, la salud y, por ende, la transmisión y expansión de todas estas robusteces en los hijos. “*His majesty the baby*” es, sobre todo, el hijo del burgués. O, si aún no se ha ingresado en la burguesía, es “m’ hijo el doctor”. Porque con el correr del tiempo y no por razones humanitarias sino interesadas, la preocupación por la salud del cuerpo fue haciéndose extensiva a sectores cada vez más amplios de la sociedad, a fin de asegurar una mano de obra confiable y efectiva. Recordemos que estamos hablando del momento de la expansión capitalista, donde las ideas de progreso en las ciencias se habían hecho extensivas al progreso social. Qué tiempos aquellos, no? A partir del siglo XVIII, con la sexualidad como cuestión de Estado y su mudanza al encierro familiar, cuatro estrategias fueron consolidándose y alcanzando poder efectivo de prácticas y discursos:

- la histerización del cuerpo de la mujer, por el cual se la sancionaba a toda ella saturada de sexualidad en una doble vertiente: calificada –por su fecundidad y su rol de cuidadora– y descalificada –por los peligros de “nerviosismo” (véase Charcot);
- la pedagogización del sexo del niño, pues la “inocencia del niño” siempre está en peligro de ser corrompida;
- la socialización de las conductas procreadoras, a través de incitaciones y/o frenos aportados por medidas sociales tendientes a una sexualidad “responsable”;
- la psiquiatrización del placer perverso apoyado en una norma sancionada por las disciplinas científicas.

Así, las cuatro figuras mencionadas que se convirtieron en objetos privilegiados del saber (y del poder) sobre el sexo, son en realidad el producto de cada una de estas estrategias. Las indagaciones y clasificaciones sobre los individuos y las poblaciones por parte de las disciplinas advenidas son, ellas mismas, los modos en que los saberes se hacen prácticas, que se indagan como saberes, que se transforman en prácticas, que ...

Es en medio del despliegue de estas estrategias (de saber y de poder) que Freud inventa el psicoanálisis, nada ajeno a estas problematizaciones. Porque nadie piensa fuera de su tiempo, pero algunos pueden hacerlo por sus bordes y torcer algún rabo. A la mujer histérica le tuerce el rabo escuchándola; tal vez incluso la tiende en el diván para poder cerrar los ojos y escuchar aliviado de la mirada. Y escuchándola extrae de ese cuerpo saturado de sexualidad el cuerpo erógeno –que es muy otra cosa–; y escuchándola extrae –o inventa, o propone– un mapeo de las rutas psíquicas, una geografía de sus localidades y, maravilla de las maravillas, las vicisitudes de la aduana entre territorios: qué pasa, cómo pasa, cuánto pasa, adónde va lo que no pasa. A la mujer histérica, lo que la aduana no deja pasar una parte le va al cuerpo erógeno (esos miembros transgresores del saber anatómico) y la otra parte se queda sin pasar, insistiendo en la ventanilla, siempre alerta a colarse en un descuido, en un disfraz. A este procedimiento por el cual la aduana prohíbe el paso Freud lo llama represión.

Detengámonos un momento en esta primera figura y las invenciones freudianas a que ella da lugar. Freud nos invita a recordar desde el principio (1894, *Las neuropsicosis de defensa*) que en su exposición se ha valido de una idea “auxiliar” –modesto el término ¿no?– que consiste en considerar que

“[...] en las funciones psíquicas debe distinguirse algo (montante de afecto, magnitud de excitación), que tiene todas las propiedades de una cantidad –aunque no poseamos medio alguno de medirlo–; algo susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, que se extiende por las huellas mnémicas de las representaciones como una carga eléctrica por las superficies de los cuerpos.”¹

Estas son entonces las dos unidades –una que tiene la propiedad de la fuerza y otra que es una marca, una huella, impresa por la travesía de la fuerza– con las que Freud comienza a componer la geografía de ese formidable artefacto que es el aparato psíquico psicoanalítico.

¹ Freud, S. (1894): *Las neuropsicosis de defensa*.

También desde este comienzo queda claro que esa fuerza no es capaz de propagarse por un territorio sin límites sino que, por el contrario, la construcción misma del territorio se da en términos de una batalla con otras fuerzas. De allí la noción de conflicto. Vamos a darle a esta primera fuerza el nombre con el que finalmente Freud la designa: libido; y a los territorios la palabra con que los nombra: instancias psíquicas. Cada instancia tiene su regulación, su normativa, su código de funcionamiento. Sus *fueros*².

Con el niño masturbador Freud produce escándalo: no hay tal inocencia sexual. La adenda freudiana a la Declaración Universal de los Derechos de los Niños dice que el niño tiene derecho a su placer sexual; más aún, se atreve a decir que el niño es un perverso polimorfo. Aunque bueno, con el tiempo se le irá pasando y, si todo sale bien, después de atravesar el Complejo de Edipo –ese mítico espacio-tiempo donde se anuda y organiza la sexualidad, donde se distribuyen las diferencias de sexo y se atribuyen las cuestiones de género, donde se consagran los modos de satisfacción y se significan los padecimientos futuros–, emergerá heterosexual, reproductivo, responsable y en lo posible, monógamo.

Respecto de la pareja malthusiana no es tan contundente. Luego de la pubertad y con las posibilidades genésicas efectivas, las pulsiones parciales se organizarán bajo la “primacía genital”. Pero nunca habló de nada parecido a una pulsión genital. Acá siempre se arma un lío, porque bajo la primacía genital, las pulsiones parciales se comportan de un modo un tanto bizarro frente al principio del placer: en lugar de que el placer se encuentre en la disminución de la excitación parecen encontrarlo en su incremento. En fin, las pulsiones siempre fueron poco domesticables por la economía.

Y llegamos por fin al sujeto que hoy nos convoca: el adulto perverso. El primero de sus Tres Ensayos de Teoría Sexual, lo dedica Freud a las aberraciones sexuales, es decir, aquellas situaciones en las que la sexualidad perdió el rumbo³. Las aberraciones le serán útiles para

² Fuero: del latín *fórum* tribunal - 1. jurisdicción, poder. 2. En España, norma o código históricos dados a un territorio determinado. RAE.

³ Aberración: del latín *aberratio* - *aberrationem*, de *aberrare*, andar errante, vagar. www.etimologias.dechile.net. Generalmente definido como error de juicio, RAE.

desprender a la pulsión sexual tanto de su objeto como de su meta; desviaciones de uno y de otra organizarán el catálogo de las perversiones que han perturbado el orden de las cosas⁴. Algo anda raro en la aduana del perverso, deja pero no deja pasar, tampoco se allana a una lógica paradójica que le permitiera creer en diez cosas imposible antes del desayuno, prefiere decirse “ya lo sé, pero aun así...”; se tensa y tirona tanto que se rompe. Parece regirse por un fuero especial que evita el conflicto; la escisión insta una aduana paralela que deja pasar aquello que la oficial no podría. A este procedimiento extravagante de una aduana bicéfala o corrupta Freud lo llama desmentida.

Decíamos que parece evitar el conflicto, pero eso no es del todo cierto. Evita, sí, el conflicto entre los territorios psíquicos (las instancias en sus dos versiones: Inc-Prec-Cc y Yo-Ello-Superyó), pero no el conflicto con el vasto territorio allende el psiquismo llamado realidad. La diplomacia psíquica cuenta con varias estrategias para lidiar con los conflictos que se le presentan. Como es imposible derrotar absolutamente a ninguna de las fuerzas en pugna se las arregla para llegar a algún tipo de componenda. En el caso de la histérica es el síntoma; “Esto está prohibido” –dice el aduanero– “pero disfrazándolo un poco...” y deja a las dos naciones satisfechas a regañadientes. El aduanero del perverso –si es que algo así existe– dice “¡Esto no puede ser!” y, mirando para otro lado, deja pasar; y así deja al perverso satisfecho y a la realidad intocada.

Mucho del psicoanálisis ha querido adjudicar una estructura a estos procedimientos diversos, y hablan entonces de una estructura neurótica y una estructura perversa. Debemos agregar también una estructura psicótica, cuyo procedimiento es el repudio o, en versión francesa, la forclusión de la cual no nos ocuparemos hoy. Quizás simplemente podamos decir que, si hay allí un aduanero, éste sólo dice “Esto no es”. Tengo para mí que la idea de estructura, que tan abarcativa resultó en otro tiempo para el desarrollo de las ciencias humanas, viene mostrando aristas muy rígidas y no permite dar cuenta de las

⁴ Pervertir: perturbar el orden o estado de las cosas, RAE. Del latín *perverttere*, del sufijo *per* completamente y *verteres* dar vuelta: corromper, dar vuelta de bien a mal. www.etimologias.dechile.net

mutaciones a las que estamos permanentemente expuestos. O, por lo menos, a mí no me lo facilita. Por último, recordemos que represión, desmentida y repudio son procedimientos que refieren a fronteras diversas: la represión opera sobre mociones inconciliables con el “yo”, la desmentida opera sobre la porción de la realidad que compete a la diferencia sexual anatómica –en adelante, la castración– y el repudio sobre la realidad.

Repasemos el catálogo freudiano de aberraciones y veamos qué actualidad mantiene. Comienza con las desviaciones del objeto sexual y el primero de la breve lista es la inversión. Lamentablemente –espero se entienda que es una ironía– hemos borrado de la lista de perversiones a la homosexualidad. Una pérdida importante que debería conmover –¡y sin embargo no lo hace!– algunos de nuestros puntos de apoyo conceptual. Como hoy no sólo no los consideramos perversos sino que además se casan y tiene hijos –vía donación de esperma, alquiler de vientre, adopción, etcétera– cuando los círculos psicoanalíticos se interrogan acerca del psiquismo de esos niños nacidos en hogares homoparentales siempre se concluye en que “habrá que ver cómo atraviesan el Edipo”. ¿Desmentida nuestra de una diversidad cuyas consecuencias no somos capaces de abarcar?

Continuemos: personas genésicamente inmaduras y animales como objetos sexuales. Sin duda el pedófilo es actual, aunque Freud le dedique poca atención y atribuya esta elección a “excepciones” poco frecuentes y atribuidas a individuos “cobardes” e “impotentes”, o “...con inquietante frecuencia en maestros y cuidadores, *meramente* porque se les ofrece la mejor oportunidad para ello.”⁵ Sin embargo en este apartado hay una nota al pie agregada en 1920 muy interesante: “La diferencia más honda entre la vida sexual de los antiguos y la nuestra reside, acaso, en el hecho de que ellos ponían el acento en la pulsión misma, mientras que nosotros lo ponemos sobre su objeto”⁶. La vida sexual o, en nuestros tiempos, la sexualidad, está concebida como una relación entre un sujeto y un objeto. Volveremos más adelante sobre esta idea. Sobre los animales nada dice, aparte de atribuir

⁵ Freud, S. (1905): Tres ensayos de teoría sexual. La cursiva es mía.

⁶ *Ibidem*.

a los campesinos esta práctica en la cual “la atracción sexual parece traspasar la barrera de la especie.”⁷

Encara luego el catálogo de las desviaciones respecto de la meta sexual: uso sexual de la mucosa de los labios y de la boca, del orificio anal, fetichismo, exhibicionismo, voyerismo, sadismo y masoquismo todos los cuales comparten la condiciones de ser considerados perversiones cuando a) suplantán su función de preliminares a la meta sexual normal y b) han vencido los diques del pudor, el asco, la vergüenza y la compasión erigidos en su contra. *Fellatio* y *coitus a tergo* son hoy prácticas sexuales casi convencionales –quizás acostumbrados a la comida chatarra tenemos menos asco–. También nos hemos vuelto más voyeristas y exhibicionistas según se constata en el crecimiento de las prácticas sexuales virtuales –masturbación mediante– y el creciente interés por mostrarse en el Facebook y mirar a los otros en los suyos. Sádicos y masoquistas proliferan por doquier, aunque lo hacen más en los ámbitos sociopolíticos y en las decisiones gubernamentales que en las prácticas privadas; somos hoy muy poco compasivos. Y el viejo fetichista descargando su placer sobre un zapato ha devenido en muchedumbres que pueblan los *shoppings* apasionadas con el fetiche del consumo y la mercancía; estamos sobreestimando –diría Freud– sus encantos y cayendo en una “ceguera lógica (debilidad del juicio)” que provoca una “crédula obediencia”⁸.

Más adelante en su pensamiento, cuando a Freud deja de “faltarle” el Complejo de Edipo para terminar de postular la organización y funcionamiento del aparato psíquico, el procedimiento psíquico que le corresponde a la perversión será, como dijimos más arriba, la desmentida. A esas alturas, los únicos perversos que sobreviven genuinamente en la literatura freudiana son el fetichista y el homosexual; los pares sadismo-masoquismo y exhibicionismo-voyerismo han ido ocupando un lugar diferente dentro de la organización psíquica (Pulsiones y destinos de pulsión, El masoquismo femenino, etc.); la *fellatio* y el *coitus a tergo* reaparecen pero en relación a síntomas neuróticos (recordemos: el negativo de las perversiones); el pedófilo deja

⁷ *ibidem.*

⁸ *ibidem.*

de ser interesante cuando se ha descubierto cómo venían mintiéndole sus neuróticos y de quien gusta de los animales..., en fin, salvo en algún chiste o en la literatura (*Temporada de caza* de Andrea Camillieri cuenta el romance de un simple con su cabra, no de modo protagónico, pero sí encantadoramente) ha quedado a cuenta de la Sociedad Protectora de Animales, junto a otras animaladas como encerrarlos, enseñarles gracias, extinguirlos, etcétera.

Pero el fetichista y el homosexual sobrevivieron en el catálogo freudiano por la desmentida, ese particular procedimiento que se empeña en aceptar pero no aceptar que la madre no tiene pene pagando el precio de un desgarrar, de una escisión en el yo. La castración –también llamada falta– como gran organizador del deseo; deseo que ya no es más de frutillas, sino siempre deseo sexual que siempre conduce a su origen, a la madre. Pero, si hemos desalojado a los homosexuales del catálogo de los que reniegan de la castración, ¿no deberíamos tratar de reconsiderar la producción del deseo bajo otros designios que no fueran la carencia?

Quedó pendiente la idea de que la sexualidad está concebida como una relación entre un sujeto y un objeto. La idea de un sujeto activo, sede de la acción y un objeto pasivo sobre quien recae la acción es de larga trayectoria. Lo cual no significa que debamos acatarlo como algo dado, existente en sí, o naturalizarlo como formando parte de la condición humana. En realidad esta manera de pensar las cosas fue decidida –establecida– en la Edad de Oro de Grecia, nuestro paraíso perdido y también nuestro comienzo como cultura occidental. No digo nuestro origen, digo nuestro comienzo. Allí y entonces –alrededor del siglo V a.C.– se tomaron algunas decisiones importantes: por ejemplo la organización en ciudades-estado –*polis*–; por ejemplo, una forma de gobierno para la *polis* ateniense, la democracia. Pero no nos entusiasmemos, si bien democracia significa gobierno del pueblo, no todos eran pueblo bajo el gobierno de Clístenes en la Atenas del 510 a.C. El pueblo que gobernaba eran los ciudadanos, y ciudadanos eran algunos del pueblo, no todos. No lo eran los esclavos, no lo eran las mujeres; restando del pueblo las mujeres y los esclavos, lo que queda son los hombres libres, los ciudadanos, es decir los sujetos. El resto

del pueblo eran los objetos. Y allí comenzaron algunas cuestiones que aún nos atañen en relación al placer y los placeres. La *aphrodisia* (Foucault lo traduce como el uso de los placeres) griega prescribía la *sophrosine* (templanza armoniosa) como normativa de la conducta que los ciudadanos debían mantener en sus relaciones con las mujeres y los esclavos. Sin embargo, era en relación con el mancebo (joven no esclavo) donde la relación erótica se problematizaba. De *eros* –amor en sentido amplio que no excluye lo sexual– devienen gramaticalmente *erasta* –el sujeto que ama– y *erómeno* –el objeto que es amado–. En el conflicto entre la posición erómana (lugar del objeto) del mancebo amado y su devenir erasta (lugar del sujeto) se incitan y disparan los discursos platónicos acerca del amor y las normativas del cortejo; se ve que para los griegos, el amor –o el sexo– entre sujetos, si bien no estaba prohibido, tampoco era cosa fácil. Las consecuencias de ese discurso siguen vigentes moldeando nuestro pensamiento; seguimos pensando en nuestro objeto de deseo, seguimos pensando en el objeto sobre el que se desplazan nuestros antiguos anhelos, ese puberal “hallazgo de objeto” que “es siempre propiamente un reencuentro”.⁹

También dijimos más arriba que el pedófilo es actual y que es perverso. Pero tal vez estemos usando perverso en su sentido más etimológico que psicoanalítico, como el perturbador que da vuelta del bien al mal. El pedófilo, sobre todo, es malo y hace el mal, daña al niño no por seducirlo sino por usarlo desconociéndolo como sujeto, sometiéndolo, dominándolo, abusando de su supremacía física o moral. No parece funcionar aquí la desmentida a la castración. Pero quizá funcione alguna otra desmentida. Los términos perverso y desmentida han ido ampliando sus espacios de aplicación; el término desmentida se aplica a la percepción de situaciones displacenteras o dolorosas cuyas consecuencias no nos encontramos en condiciones de afrontar, sin que se trate sólo ni necesariamente de “el terrorífico impacto de la amenaza de castración al contemplar los genitales femeninos”.¹⁰ Por perverso se significa cada vez más al psicópata, quizás también al canalla, que manipula al otro con impunidad a favor de sus propios intereses. Esta

⁹ *ibidem*.

¹⁰ Freud, S. (1927): Feticchismo.

frase es casi necesariamente seguida de la consideración de que la manipulación trata al otro como un objeto. Pero ¿cómo, no era que para el sujeto el otro es siempre un objeto, ya de su deseo, ya de su necesidad, de su interés, etcétera?

El otro como sujeto es el gran tema contemporáneo. Los efectos del otro como sujeto; los conflictos, las inconsistencias y las paradojas a que da lugar esta ¿realidad? del otro sujeto; aquello que a los griegos inquietaba de la relación entre el ciudadano y el mancebo. Ser contemporáneo es difícil; ser contemporáneo significa habitar un tiempo actual del que debe uno desfasarse anacrónicamente, percibir sus sombras y no enceguecer en su luminosidad, ubicarse siempre tarde y demasiado pronto, indagar aquello que desde el pasado se efectúa en nuestra actualidad. La preocupación del otro como sujeto comienza a consolidarse como preocupación de filósofos e intelectuales a partir de la Shoá, pero desborda hoy las discusiones sobre el humanismo para diseminarse por todos los territorios del habitar humano. La lucha denodada del mercado global financiero contra los imposibles de incluir, los que sobran, así lo demuestra. Y sin embargo, estos obcecados otros insisten en presentarse; como pobres habitando la miseria, como migrantes rechazados de puerto en puerto, incluso como miles de ahogados en el maravilloso mar Mediterráneo, cuna de nuestra civilización.

Mucho más modesta y privadamente, algunos psicoanalistas comenzamos (porque uno siempre está comenzando, re-comenzar es imposible) a pensar la relación sexual –o, si ustedes prefieren, la sexualidad– como lo que acontece entre un sujeto y otro. Más aún, como lo que produce uno y otro sujeto. Transgrediendo las cuestiones de género políticamente correctas –a las que adhiero–, uso los masculinos de sujeto y de otro simplemente porque me parece enojoso agregar siempre /a o utilizar una *. Desde tiempo atrás algunos pensamos que la cuestión no es el otro sexo, sino el sexo del otro. Que la cuestión es el otro, cómo nos afecta, cuánto luchamos contra esa afectación que no cesa de producirnos otro aunque no lo sepamos, aunque intentemos abolirlo. Los sujetos que vamos deviniendo y que vamos produciendo son efectos, son a posteriori del encuentro con

otro y con otros. No nos empeñamos en negarlo y combatirlo porque seamos tontos sino porque estamos formateados por las prácticas y los discursos socioculturales. La cultura no es una prótesis sobreimpuesta a nuestra naturaleza biológica, como su propia cultura de hormiguero no lo es para las hormigas, ni para los pajaritos, los delfines o los chimpancés. La diversidad que nos distancia de aquella constancia cultural de otras especies, consiste en algún tipo de inconsistencia inubicable que nos hace variar a velocidad cada vez mayor desde que aparecimos en este planeta. Entonces nuestras herramientas de pensamiento, nuestros conceptos y nuestras teorías deberán resignar su pretensión de universalidad, para dejarse marcar por la impronta del tiempo y la mutación. La inactualidad del homosexual como perverso, sólo por citar un ejemplo, debería hacernos indagar en la conveniencia de seguir considerando la castración como operador de la organización psíquica, así como la caída de la institución del patronato, debería ponernos a pensar de nuevo acerca de la *Hilflosigkeit* y sus consecuencias psíquicas.

En fin, que ser contemporáneo es difícil y hay mucho trabajo por hacer.

Pero a no desanimarse, no todo está perdido. En 2009, el Dr. Abel Albino publica un libro que nos acerca un nuevo catálogo de aberraciones. Se trata de *Gobernar es poblar ¿Paternidad responsable o fornicación asistida?*, de Ediciones Logos, donde se consigna un heterogéneo listado de prácticas abominables que incluyen la promiscuidad, la pornografía, el autoerotismo, la infidelidad, el concubinato, el incesto, el sexo contra natura –aclarando que se refiere al sexo oral y anal–, la violación, la pedofilia, la anticoncepción, el aborto y la homosexualidad. Lo interesante del caso es que el listado precedente es considerado *causa* no de padecimiento mental sino de la *desnutrición infantil*. El Dr. Albino es presidente y fundador de Conin, una organización no gubernamental que se ocupa de la desnutrición infantil. En su página web (<http://www.conin.org.ar/>) puede leerse: “El exitoso modelo de Fundación Conin se basa en el abordaje integral de la problemática social que da origen a la extrema pobreza y su consecuencia directa: la desnutrición. La eficacia del Método Conin para

la prevención y tratamiento de la desnutrición radica en el accionar sobre las causas, ya que actúa más allá de los parches asistenciales que sólo atienden la urgencia.”

Les acerco a continuación extractos salpicados de su libro (que afortunadamente sólo consta de 90 páginas), pero si ustedes no me creen y desean verlo con sus propios ojos, pueden hacerlo en <https://isfdnsfatima.files.wordpress.com/2012/03/albino-gobernar-es-poblar.pdf>

- Acusa de ingenuidad, mala fe o hasta sobornos a los funcionarios que “promueven planes contraceptivos de carácter general, basados en la distribución de píldoras, preservativos, etc., que terminan siendo, en la práctica, planes de fornicación asistida”. También consideran que los médicos que hacen ligaduras de trompa están cometiendo un delito penal.
- ¿Qué tipo de educación sexual recomienda? “Virtudes, conductas dignas, fomento del dominio y señorío sobre el propio cuerpo, castidad.”
- “El acto sexual sólo es adecuado cuando se lo ejercita con la disposición de asumir sus consecuencias: la potencial prole.”
- “La desnutrición infantil es una enfermedad cultural propia de sitios en los que el acto sexual se lo suele llevar a cabo compulsivamente, bajo los efectos de una vehemencia descontrolada e irracional que pretende la mera satisfacción de un placer instintivo por parte del varón.”
- Se queja de las prácticas autoeróticas y aconseja la continencia ante la masturbación. Discute la idea de que esto llevaría a una represión dañina de los impulsos sexuales y asegura que, al contrario, el que se masturba reprime sus impulsos morales, lo cual lleva a daños psicosomáticos.
- “El aborto es la mayor tragedia del siglo XX.” Es decir: supera a todos los genocidios cometidos el siglo pasado.

Es interesante constatar que tanto en su libro como en la página web de su fundación y/o en sus intervenciones radiales o entrevistas

publicadas, el doctor se las arregla para no hacer una sola mención a las cuestiones económicas. Hay una considerable porción de la realidad que el doctor ha ¿desmentido tal vez? Es probable que las consecuencias de la inequidad en la distribución de la renta, le produzcan al doctor una amenaza tan terrible, que no pueda hacerles lugar en su sistema de pensamiento. Por otra parte, nada hace pensar que el Dr. Albino haya tenido ninguna dificultad en aceptar que su madre no posee pene.

Para finalizar, quiero compartir con ustedes una noticia publicada en *Página 12* el 28 de Abril de este año. En ella se consigna que el Dr. Abel Albino, quien viene desempeñándose como asesor del Ing. Mauricio Macri en temas de desnutrición, ha firmado a través de la Fundación Conin, un convenio con el Ministerio de Desarrollo Social para recibir financiamiento para sus centros asistenciales en todo el país. Fruto del acuerdo, la ONG de Albino recibirá 100 millones de pesos para la apertura de 20 nuevos centros de asistencia y el fortalecimiento de otros 70, según informó la ministra Carolina Stanley.

Uno no quiere creer en los canallas; pero que los hay, los hay.

Martínez, mayo de 2016

Además de los textos de Sigmund Freud citados (y de todos los demás no citados también) circulan por este texto ideas y desarrollos robados a Foucault y a Agamben. En el caso de Foucault no es tan fácil citar su procedencia, pues se halla diseminada a lo largo de su obra (tal como en el caso de Freud). Pero va este intento de bibliografía.

Bibliografía

Agamben, G.: ¿Qué es ser contemporáneo? *Clarín*, 21-03-09.

Foucault, M.: *Historia de la sexualidad*, T. I, II y III, Siglo Veintiuno, 1977, 1984 y 1987.